964

EL TEATRO,
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL AVARO DE SU AMOR,

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON MANUEL ROMERO DE AQUINO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ, 40,—2.°

1873.

11

EL AVARO DE SU AMOR.

EL AVARO DE SU AMOR,

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. MANUEL ROMERO DE AQUINO.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Martin, en la noche del 4 de Noviembre de 1873.

C. C.

Número 12.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
CELIA	SRTA. TORRECILLA.
DON JULIAN	SRES. RODRIGUEZ (D. Franc.).
DON JUAN	RODRIGUEZ (D. Alberto).
DIEGO	RUIZ CÁMARA.
DON LUIS	FRAILE.
CLARIN	CALVACHO.
CEBOLLEDO	GALÉ.
LILO	MASFERRER.

La escena en las cercanías de la Córte. Siglo XVI. Reinado de Cárlos V.

Esta obra es propiedad de D. Cárlos Calvacho, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El editor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO HURTADO.

Acoja usted benigno, mi querido maestro, este primer ensayo dramático, que con todo corazon le dedica

El autor.

674715

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elavarodesuamord496rome

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Julian; en el fondo izquierda puerta de entrada; á la derecha un gran balcon ó galería que se supone dar al huerto; en el centro un gran retrato de mujer; puertas laterales; la de la izquierda, habitacion de D. Julian; á la derecha otras dos; la primera, habitacion de Celia, la segunda deberá ser una verja. Grupos de armas en las paredes; en primer término una mesa, al lado un sillon; otro sillon á la derecha; muebles al estilo del siglo XVI.

Al levantarse el telon sale Clarin de la habitacion de Celia y se dirige sigilosamente al fondo, desde donde hace señas llamando á D. Juan.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, CLARIN.

CLARIN. Nadie nos ha visto entrar;
ahuyentad vanos recelos.
JUAN. Has visto á Celia?
CLARIN. Más bella
la ví há poco que un lucero.
JUAN. Y al verte?...
CLARIN. Debió cegar.
JUAN. Cómo?
CLARIN. Pensó que era un sueño,
un fantasma, ó un...

JUAN. ¡Qué dices?
No quiero que vuelvas... necio...
CLARIN. Clarin soy!...
JUAN. Á tus locuras
ni gracias.
CLARIN. Ya estoy más serio
que fué valiente Roldan
y fué galan Gerineldos.
JUAN. Dudó al verte, no te espantes,
que así como suele el sueño
parecer verdad, á veces,
Clarin, realidades vemos
que sueños se nos figuran;
y así no te espantes viendo
sueños como realidades,
realidades como sueños!...
CLARIN. Cierto que no usaba en Flandes
tan bellísimos concetos.
JUAN. Dijo que vendrá?
CLARIN. Volando.
JUAN. Viste á Diego?
CLARIN. He visto á Diego.
JUAN. Y él te vió?
CLARIN. Pues si me viera...
JUAN. Bien dices.
CLARIN. Adios misterio.
JUAN. Y mi padre?
CLARIN. Oh! vuestro padre...
JUAN. Aguarda, Clarin.
CLARIN. Qué es ello?
JUAN. Celia llega.
CLARIN. Ó tal vez otro...?
JUAN. No; si no estuviera cierto
de que ella viene á este sitio
donde impaciente la espero,
me lo anunciáran bien claro
los latidos de mi pecho!...

ESCENA II.

DICHOS, CELIA.

JUAN. Celia!
CELIA. Don Juan!
JUAN. Vida mia!
Ah! que no es, hazme ver,
quimera tanto placer,
ni sueño tanta alegría.
Tú que luz prestas al dia,
hazme escuchar tu suspiro:
pienso al verte que deliro,
y ántes que el pesar me venza,
haz, por Dios, que me convenza
de que te escucho y te miro!...
CELIA. Un año lejos de aquí!!..
un año sin decir nada!...
JUAN. Un año que mi menguada
estrella lejos de tí
me ha tenido! Un año, sí...
(Aún tiemblo cuando me acuerdo.)
pasé en loco desacuerdo
siempre esperando la muerte,
sin mayor mal que no verte,
ni más bien que tu recuerdo!
(Clarin en tanto va de un lado á otro de la escena vigilando como quien teme se acerque álguien.)
CELIA. Un año que hasta las flores
del huerto tristes estaban;
mustias, porque las regaban
los llantos de mis amores!
Año de pena y dolores
por el temor de perderte,
año que en mísera suerte
las horas se han sucedido,
temiendo en unas tu olvido,
llorando en otras tu muerte!
JUAN. Olvidarte, vida mia!
Pues si la vida olvidára,
entónces qué recordára,

Celia, ¿qué recordaría?
Tú eres toda mi alegría,
y si es mi vida adorarte
¿cómo pudiera olvidarte?
Muy mala eleccion tuviera
si de no amarte muriera,
pudiendo morir de amarte.
Cuando mi suerte tirana
me tuvo lejos de tí,
no vistes un ave, dí,
que al despuntar la mañana
se posaba en tu ventana?
Yo te enviaba al cantor
para calmar tu dolor
y aminorar tus quebrantos,
y eran sus sonoros cantos
mis juramentos de amor.

CELIA. Ah!

JUAN. ¿Por qué dulde inhumana,
des que tuve que dejarte,
no corriste al levantarte
anhelosa á tu ventana?
el aura de la mañana
te aguardaba allí impaciente,
pues traía dulcemente
entre sus revueltos giros,
á tu oido mis suspiros
y mis besos á tu frente!...
¿Cómo poderte olvidar?
cómo olvidarte, bien mio,
si sólo en el mundo ansío
el bien de poderte amar?
si muero al dulce pesar,
vida mia, de adorarte,
más muriera de olvidarte;
y mala eleccion tuviera,
si de no amarte muriera,
pudiendo morir de amarte.

CELIA. El cielo te hizo venir
para calmar mis dolores!...

CLARIN. Sí, pero basta de amores,
que si os aciertan á oir...

JUAN. (Á Clarin.) Nada tienes que decir,
qué me ocultas? (Á Celia.)
CELIA. Nada!
JUAN. No?
tendré que decirte yo
lo que há un año me dijiste?
CELIA. No acierto!...
JUAN. ¿No me escribiste
un pliego?
CELIA. Sí!...
JUAN. Á mí llegó,
y aquí está. (Sacándole.)
CLARIN. Bien le guardaste.
JUAN. Calla.
CLARIN. Callo.
JUAN. (Leyendo.) «Á mí don Juan:
»guarda de que don Julian
»sepa que no me olvidaste;
»que si hasta Flandes llegaste
»y él partir te permitió,
»fué porque no supe yo
»ocultar cuánto me amabas.»
(Hablado.)
Ya ves que si me ocultabas,
ya ves que olvidabas...
CELIA. Oh!
qué extraño si se me olvida,
al pesar acostumbrada,
por el bien de tu llegada
el dolor de tu partida?
JUAN. ¿Celia, acaso mi venida
calma nuestro padecer?
CELIA. ¿Viste á padre?
JUAN. No; hasta ver
cómo acallar sus rigores!...
CELIA. Qué intentas?
JUAN. Cuando tus flores
riegues al anochecer,
Celia, si tu amor es cierto,
en ello has de consentir...
CLARIN. Señor, que van á venir.
JUAN. Vive Dios! (Echa mano á la espada.)

CLARIN. Dóime por muerto,
pero vamos.
JUAN. (Á Ella.) En el huerto
tengo de hablarte!
CELIA. (Sorprendida.) Don Juan!...
JUAN. Tan sólo así á nuestro afan
poner remedio podremos...
CELIA. Mas...
JUAN. Qué dudas?
CLARIN. Acabemos,
mirad, señor, que vendrán.
JUAN. Estarás?
CELIA. Allí estaré!...
JUAN. Qué tienes?
CELIA. No sé qué siento,
no sé qué presentimiento,
qué temores, no sé qué.
CLARIN. No sabes? yo sí lo sé;
que se acercan, ¡vive Dios!
y aquí os cogen á los dos
y se nos agua la fiesta.
JUAN. (Llevando á Celia hasta su habitaciou.)
Que estarás fué tu respuesta.
CELIA. Allí estaré.
JUAN. Adios!
CELIA. Adios!
(Salen D. Juan y Clarin por el fondo.)

ESCENA III.

D. JULIAN.

Sale por la izquierda con un pliego en la mano.

JULIAN. (Leyendo.) «Y ya que os digo quién soy
»y conoceis la pasion
»que abrasa á mi corazon
»por ella, á pediros voy
»por esposa á vuestra hija,
»no dudo que á ello se avenga...»
(Tirando sobre la mesa el pliego.)
No hay dolor que yo no tenga

ni pena que no me aflija.
(Mirando el retrato.)
Caro me cuesta el amor
que á tu hija prometí;
no tendrás queja de mí,
desventurada Leonor!
Si donde quiera que estés
gozando de Dios, hermana,
miras mi suerte tirana
y mi sentimiento ves;
si ves mi pena prolija
y que con mi tierno afan
al amor de mi don Juan
antepuse el de tu hija,
ruega al cielo desde ahí
dé más paz á mi existencia,
que siento que mi conciencia
se revela contra mí!...
Ruega, hermana, tantos son
tan grandes, que mis enojos
me hacen verter por los ojos
gota á gota el corazon!!...
(Viendo y tomando el pliego.)
Me pide á Celia!... ay de mí!
Cierto, cielos, que pequé...
mas cielos! tanto no fué
para castigarme así...
Necio, he vivido engañado
buscando á mi mal consuelo
porque le ha negado el cielo
tanto bien al desgraciado!
Que del amor y el dolor
bajo la fuerte cadena,
gozarse de la misma pena
es el consuelo mayor!!...
(Apoya la cabeza sobre las manos. Aparece Diego en el fondo y se aproxima lentamente á él.)

ESCENA IV.

D. JULIAN, DIEGO.

DIEGO. (Despues de una pausa.)

Cómo os encontrais, señor!...

JULIAN. Ya lo ves!... no puedo más!!...

DIEGO. Don Julian!

JULIAN. ¿Qué me dirás
que mitigue mi dolor?

DIEGO. Quién sabe...

JULIAN. Diego, estoy cierto,
cierto que don Juan no vive;
quien en un año no escribe
á su padre es porque ha muerto.

DIEGO. Perdida veis vuestra calma
por negaros á escuchar...

JULIAN. Diego! ¿vienes á irritar
las heridas de mi alma?
Si don Juan partió á la guerra
con su obligacion cumplió;
él quiso partir... y yo...
que abandonase esta tierra!
Si en vez de glorias allí
don Juan encontró la muerte,
culpa á su menguada suerte
mas no me culpes á mí:
á mí que voy con afan
tristes las horas contando,
y van pasando... pasando
sin noticias de don Juan.
Servir á la patria es ley,
y aunque dejar de existir,
no es tanta muerte morir
por su patria y por su rey!...

DIEGO. La patria... el rey... vive Dios!
perdonad mi juramento;
pero no sé lo que siento
cuando tal siento de vos.
Palabras que algunos locos
no ven... en el mal no duchos,
que son perjuicio de muchos
en provecho de unos pocos.
Mientras en estrecha ley
tantos valientes perecen
por conqnistar .. lo que ofrecen
á la codicia del rey;

mientras que con sobrehumano
esfuerzo allí combatiendo,
van con su sangre tiñendo
los dominios del tirano;
latiendo sus pechos fieles
al clamor de los clarines,
derrochan aquí en festines
el precio de sus laureles;
y á aquel que tanto merece
por su fe y por su valor,
ni el rey le premia, señor,
ni la patria le agradece!

JULIAN. Calla!

DIEGO. Tambien necio fuí!
mis buenos tiempos pasé
en guerra, y lo que logré
á vos sólo lo debí!

JULIAN. En verdad, Diego, en verdad
que escuchándote estoy viendo
que á la postre vas perdiendo
tu más bella cualidad!
Ciego atropellas por todo,
y miro cuando te escucho,
que piensas que sabes mucho
y lo ignoras, Diego, todo!

DIEGO. No he de hablar si estoy deshecho!...
tan valiente!... tan galan!!...

JULIAN. Diego! hablando de don Juan
me estás desgarrando el pecho!
(Despues de una pausa.)
Y... Celia!

DIEGO. La desgraciada
siempre en su dolor sumida.

JULIAN. Sí!!...

DIEGO. Flor apenas nacida
ya por el dolor ajada!...
Celia y don Juan...

JULIAN. (Levantándose irritado.) No hables más
de ese amor ¿oyes? ni en chanza!
si quieres mi confianza
tener siempre, Diego; estás?...

DIEGO. Seguro de que os inquiete

podeis estar!

JULIAN. Eso quiero;
dile á Celia que la espero.

DIEGO. Mandais más?

JULIAN. Nada más: vete.

ESCENA V.

D. JULIAN, pensativo.

Sí; me importa conocer
si Celia dijo á ese hombre...
y si no... juro á mi nombre
que... sé lo que debo hacer.

ESCENA VI.

CELIA, D. JULIAN.

CELIA. Llamais, señor?

JULIAN. Sí por Dios:
y ya que juntos nos vemos,
ocasion es de que hablemos
muy seriamente los dos.
Y mal podremos hablar
si ántes no enjugas tu llanto...
Celia! ¿por qué lloras tanto?
¿qué adelantas con llorar?
Ten al viejo compasion,
porque aumenta mis enojos
ver siempre el llanto en tus ojos
y el luto en tu corazon!
Verte llorar es morir;
no llores pues, hija mia.

CELIA. Si este llanto es de alegría...
(Ap.) (Cielos! ¿qué iba yo á decir?)

JULIAN. (Con extrañeza.)
Alegre estás? (Ap.) (Ahora muda!
(Pensativo.) Si será verdad... qué es esto?
preciso es saberlo presto,
porque me mata la duda.)
Dí, por aquí tiene amores

cierto hidalgo...

CELIA. Yo... no creo...

JULIAN. Todas las tardes le veo
por estos alrededores;
con prudencia tan escasa
y tan contínuo mirar,
que he llegado á sospechar
que se dirige á esta casa.
Tú... no le conoces?

CELIA. No!

JULIAN. No le has visto nunca?...

CELIA. Ah! sí;
le he visto una tarde... ahí!...

JULIAN. Donde suelo verle yo,
verdad, Celia?

CELIA. Aquella tarde
estaba yo en mi ventana.

JULIAN. Alguna frase galana
dijo acaso?

CELIA. (Con disgusto.) Haciendo alarde
de su figura!

JULIAN. Y qué hiciste?

CELIA. Cerré y vine aquí!

JULIAN. Bien hecho!

CELIA. No hay otra sombra en mi pecho
que la de don Juan!

JULIAN. ¿Dijiste
esa sola?

CELIA. No por Dios,
y si tal dije mentí,
que siento otra sombra aquí,
y esa sombra es la de vos.
Vos mi padre, él mi galan;
ingrata y perjura fuera
si mi amor no repartiera
entre vos y entre don Juan!

JULIAN. Amas á don Juan!...

CELIA. Señor,
casi desde que nací;
me cupo la suerte á mí
de ser su primer amor!...
Crecimos juntos; hermanos

nos llamaban, lo creimos,
y nuestras vidas unimos
al enlazar nuestras manos.
Del campo nuestra alegría
gozábamos la frescura,
y del bosque en la espesura,
con su dulce melodía,
cantaban los ruiseñores;
y tanto y tanto cantaron,
que al cabo nos enseñaron
á entender en mal de amores!
Pasaron sin más enojos
los años, ni más sucesos,
hasta una vez que sus besos
me hicieron bajar los ojos!
Qué sentí entónces? no sé;
más luz, más aire, más vida,
no sé qué desconocida
delicia experimenté;
yo indiferente miraba
la flor, las fuentes, las aves;
las frescas auras suaves
indiferente aspiraba;
más ay! que llegó aquel dia
y eché de ménos mi calma,
y sentí dentro del alma
tan dulcísima armonía,
tan nunca sentido encanto,
que ya no ví indiferente
ni el murmurar de la fuente,
ni del ave el dulce canto,
ni el dulcísimo lamento
de las perfumadas flores
cuando vierten sus olores
que airado les roba el viento;
todo dulcemente hablaba;
todo murmuraba amor:
el ave, el aura, la flor,
la fuente, cuánto miraba!
De entónces en loco afan
fueron las horas pasando;
él en su Celia pensando,

yo soñando en mi don Juan!
Pintaros nuestra pasion
fuera inútil intentarlo;
que ni sé cómo explicarlo,
ni encuentro comparacion:
nunca os la podré hacer ver,
que en esto las fuerzas ceden,
todo cuanto amarse pueden
un hombre y una mujer!!...

JULIAN. (Despues de una pausa.)
De amor vencida en la lucha
te he visto, Celia, soy viejo...
y quiero darte un consejo...

CELIA. Decid...

JULIAN. (Le toma una mano.)
Seré breve; escucha.
Una rosa se mecía
sobre su tallo galana,
y el aroma que esparcía,
ufana la recogía
el aura de la mañana.
Poco más lejos se mece
una dalia entre otras flores,
como de aroma carece
esa belleza que ofrece,
debe sólo á sus colores.
Es la mujer una flor,
rosa, y dalia puede ser;
es su aroma su candor,
más ¡ay! Celia! qué dolor
cuando lo llega á perder!...

CELIA. Y qué me quereis decir
con esa comparacion!

JULIAN. Que dando con tu sentir
tanta vida al corazon
pudiera el alma morir.
Qué flores son tus amores;
é inocente no imaginas,
que andando siempre entre flores,
pudieran en sus espinas
enredarse tus candores!...
Celia, don Juan... estoy cierto

casi... valiente y altivo...
quién sabe!...

CELIA. (Con resolucion.) Cuando yo vivo!...
señal es de que él no ha muerto!...

JULIAN. Yo tambien tuve ilusiones,
más con tan negra fortuna,
que fuí perdiendo una á una
las más gratas. Corazones
que acariciando un engaño
dulce, os miro dormitar,
triste será el despertar,
si os despierta el desengaño!...

CELIA. Desengaño! tal dolor
no pudiera resistir.

JULIAN. (Por qué le dejé partir?
hijos del alma!!...)

ESCENA VII.

DICHOS, DIEGO.

DIEGO. (Desde el fondo.) Señor!

JULIAN. Qué buscas, buen Diego aqui?

DIEGO. Llama á la puerta un hidalgo,
que quiere deciros algo
que mucho interesa.

JULIAN. Á mí?
quién es?

DIEGO. No dijo su nombre:
es un hidalgo que viene
muchas tardes...

JULIAN. ¿Y qué tiene
que decirme á mí ese hombre?
(Ap.) (Ah!! será... ¿cómo olvidé?
dile que pase al momento...
retírate á tu aposento...
sí, Celia, retírate!...
(Sale Celia por la derecha.)

ESCENA VIII.

D. JULIAN, luégo D. LUIS.

Necio me pide ese hidalgo
el bien que negué á mi hijo...
Celia á ese hidalgo aborrece
y así me allana el camino!...

LUIS. (Entrando.) Dios os guarde.

JULIAN. Guárdeos Dios,
hidalgo, y muy bien venido.
Dicen que quereis tratar,
no sé qué asunto conmigo...

LUIS. Cómo!! (Sorprendido.)

JULIAN. (Sentándose.) Sentaos; ya os escucho.

LUIS. Me conoceis?

JULIAN. Os he visto
algunas tardes rondando
por estos cercanos sitios;
más siendo, como vos sois,
galan y de porte altivo,
presumí que os habría hecho
esclavo de sus hechizos
alguna dama...

LUIS. Es un ángel
la dueña de mi albedrío!...

JULIAN. Tal supuse y no pensé
que os fuera nunca preciso;
pero venís á buscarme
y que os escucho repito.

LUIS. Si me veis todas las tardes
rondando por estos sitios;
si pensásteis que era esclavo,
esclavo de los hechizos
de una mujer, ¿no pensásteis
qué mujer pudo haber sido?

JULIAN. (Ap.) (No se descuida el hidalgo.)

LUIS. Soy capitan, noble y rico;
Luis de Aguilar es mi nombre,
honrado y esclarecido...

JULIAN. Á nombre honrado yo os juro,
que no le va en zaga el mio!
LUIS. Tengo favor en la córte,
la córte de Cárlos quinto;
amo con toda mi alma
á un ángel, ángel divino,
que presta amor al amor
y delirios al delirio!...
ella es el bien de mi vida...
vivir sin ella es lo mismo
que sufrir eternamente
el más horrible suplicio.
Celia, en fin.
JULIAN. (Levantándose como el que no puede resistir más.)
Celia? ¿mi vida?...
(Conteniéndose.)
perdonad... sentaos... ha sido...
yo no sé... no sé.
LUIS. (¿Qué es esto?)
JULIAN. Sabeis si de su cariño
sois el dueño?...
LUIS. (Desconcertado.) No lo sé...
yo por esposa os la pido,
mas...
JULIAN. Nunca! (Sin contenerse.)
LUIS. ¿Qué decís?
JULIAN. Nunca!
no lo digo, ya lo he dicho.
Olvidad eso, don Luis:
que ó me engaña á mí el oido,
ó pretendeis imposibles...
al cielo y á vos suplico...
LUIS. (Interrumpiéndole.)
Explicaos... ó por el cielo!
que me hareis perder el juicio!...
JULIAN. Don Luis, dad nuestra vivienda
y vuestro amor al olvido.
LUIS. Juro á Dios!!
JULIAN. Yo tambien juro,
mas ya que hablar es preciso,
escuchad: era una noche
negra como un hondo abismo;

soplaba irritado el cierzo,
y al estrellarse en los riscos
de esos montes, al tronchar
del bosque los carcomidos
troncos, que rodando bajan
desde la cumbre al camino,
sintiera miedo, os lo juro,
el corazon más altivo
al escuchar solitario
de la ráfaga el ahullido.
En esa cercana estancia
mientras tanto, sus quejidos
unió al quejido del viento
una mujer; no es preciso
decir quién, ni á vos importa,
mas podeis tener por fijo
que era claro su linaje
y era noble su apellido.
Aún me parece escucharla!...
(Ap.) (¡Pobre hermana!) guarda, dijo,
Julian, un ángel que el cielo
bendice cual yo bendigo:
al mismo tiempo escuchaba
el débil llanto de un niño,
que en ansia de darle vida
su madre, el postrer suspiro
dióle. Diez y siete años
han pasado y he vivido
viviendo y amando á mi Celia...

LUIS. Celia?

JULIAN. Ella es; con prolijos
afanes, con mis cuidados
la vida le ha sonreido,
y cual tierna florecilla
crecer y crecer la he visto,
meciendo sólo su tallo
las auras de mi cariño!

LUIS. Mas no es razon...

ULIAN. Escuchad,
hidalgo, no he concluido,
tenéisme que agradecer
si es que os digo lo que os digo;

ni me avengo á dar razones,
ni á ser demasiado explícito
acostumbro, pero importa
que sepais...

LUIS. (Ap.) (Mal lo resisto!)

JULIAN. Jamás anubló el pesar
mi existencia, ni un motivo
tuve de queja, hasta el dia
en que ví á Celia perdido
su color, tristes sus ojos,
con los que bien claro dijo
que amaba á un hombre; miré
que me robaba el cariño
de mi Celia, y ver no pude
que aquel hombre era mi hijo...

LUIS. Mirad...

JULIAN. ¿Qué vais á decir?...
harto negro es el castigo
que por mi pecado sufro...

LUIS. Nada me babeis respondido...

JULIAN. (Interrumpiéndole.)
Nunca un miserable avaro
de su riqueza habeis visto?
¿No habeis visto relumbrar
sus ojos, mirando el brillo
de su dinero y contar,
y embriagarse en el sonido
del oro á aquel miserable;
decid, don Luis, lo habeis visto?

LUIS. Oh!! (Irritado.)

JULIAN. Yo tambien soy avaro,
ciego del tesoro mio,
de mi Celia, y mientras viva
Celia vivirá conmigo...

LUIS. Gracias dad á vuestras canas
si con paciencia os he oido,
que á ser otro el que...

JULIAN. Yo basto,
á sostener cuanto he dicho!

LUIS. Tenga prudencia el anciano.

JULIAN. Tenga el mozo mayor tino,
y cuente que está en mi casa,

y en mi casa no resisto
que nadie insulte mis canas
ni levante nadie el grito.

LUIS. (Burla.) Quisiera ver como haceis
de quien tal haga el castigo.

JULIAN. Pensad que no tienen fama
de cobardes los Carrillos.

LUIS. Carrillo? teneis en Flandes
acaso en la guerra un hijo?

JULIAN. Sí.

LUIS. Mas...

JULIAN. Don Juan es su nombre.

LUIS. Don Juan?...

JULIAN. (Con ansiedad.) Le habeis conocido?
decid, don Luis, decid pronto
lo que sepais de mi hijo!...
ha muerto tal vez?...

LUIS. Quién sabe!
es hace un año cautivo...
bien lo sentí!...

JULIAN. Lo sentísteis?...

LUIS. Sí que lo sentí; por Cristo...
que tuvo en cierta ocasion
que entendérselas conmigo.

JULIAN. Con vos, don Luis!

LUIS. Tuvo suerte...

JULIAN. Venció don Juan?...

LUIS. Sólo ansío
el dia en que le devuelva
la ofensa que entónces me hizo.

JULIAN. (Con satisfaccion.)
Bien, don Juan!! pues no temais
que no está todo perdido:
no habrá tan fuertes cadenas,
ni habrá tan pesados grillos,
ni habrá muros que no estén
lo bastante quebradizos
para dar paso á un don Juan
hijo de Julian Carrillo.
Gracias, don Luis!

LUIS. No olvideis
que aborrezco á los Carrillos.

Velad por vuestro tesoro
que pienso que está en peligro.

JULIAN. Si sólo le atacais vos,
don Luis, puedo estar tranquilo.

LUIS. Cuenta que el tesoro vuestro
hace tiempo que codicio.

JULIAN. Cuenta que está bien guardado
por ser Celia y por ser mio!

LUIS. (Desde el fondo.)
Vive Cristo, lo veremos...

JULIAN. Lo veremos, vive Cristo!

ESCENA IX.

D. JULIAN.

(Llamando.) Hola! Diego... Por pequeño
que parezca el enemigo,
es bien estar preparado
y bueno estar prevenidos.

ESCENA X.

D. JULIAN.

DIEGO. Qué se os ofrece, señor!

JULIAN. Diego, vigila la casa;
y si algun hombre se acerca
ó intenta saltar las tapias
del jardin...

DIEGO. Qué debo hacer?

JULIAN. Como á ladrones los tratas;
quien por tales puertas entra
mirar debe como salga.
No olvides nada, que hay cosas
que no son para olvidadas;
me amenazó y es preciso
castigar sus amenazas.

DIEGO. Descuidad; ah! si estuviese
hoy don Juan...

JULIAN. Basta de plática.

ESCENA XI.

D. JULIAN, CELIA.

CELIA. (Saliendo.)
La noche se acerca...
JULIAN. Celia,
si vas á cuidar tus plantas
ántes que de la oracion
se oiga el toque en la cercana
córte, retírate, Celia,
á mi estancia ó á tu estancia.
Vino el hidalgo á pedirte,
y al mirar que te negaba,
me amenazó con robarme
mi tesoro!
CELIA. Dios le valga!
no temais, señor, por mí,
que pienso que las palabras
de ese hidalgo, fueron hijas
de sus mal nacidas ansias!...
JULIAN. No olvides lo que te he dicho;
no tardes, hija del alma!
CELIA. Y vos, señor?
JULÍAN. No daré
hoy mi vuelta acostumbrada,
que tengo intranquilo el pecho
y quiero velar mi casa. (Sale izquierda.)

ESCENA XII.

CELIA.

Qué es esto, Dios mio,
que siento en el alma?
no sé si son dichas!
no sé si son ansias!
Las luces del dia
de la tarde en alas
se alejan; las sombras
que tanto anhelaba,

cobijan la tierra...
don Juan ya me aguarda...
mas ay! que no acierto
qué siento en el alma;
no sé si son dichas!
ni sé si son ansias!
Qué temo?... qué espero?...
si há un instante ansiaba
volar á sus brazos?...
por qué esta mudanza?...
qué temo? desdichas!
qué espero? desgracias!
y á un tiempo me brindan
amor y esperanza!...
Decidme, Dios santo,
qué siento en el alma,
si son dulces dichas
ó son tristes ansias!
(Yendo hácia el fondo.)
Dos voces escucho;
dos voces contrarias,
una dice—espera!
otra grita—anda!
(Con resolucion.)
sí, voy á su lado,
qué mal me amenaza?
no sé por qué temo...
vacila mi planta...
recelo... ¿qué dudo?
don Juan ya me aguarda,
y con sus amores,
con su dulce plática,
colmará mis dichas,
calmará mis ansias!.!. (Se va.)
(Queda la escena un instante desierta: entran luces.)

ESCENA XIII.

D. JULIAN.

Me tiene intranquilo ese hombre
con sus rudas amenazas;

¿querrá robarme á mi Celia!
si á tanto llega la audacia
de ese hombre, con cien vidas,
con mil vidas no me paga!
(Se oye un tiro: rumores dentro.)
Cielos ¿qué es esto? Dios santo!
(Descolgando una espada.)
Celia! Celia!!!
(Al ir á salir por el fondo tropieza con Clarin, que entra precipitadamente.)

ESCENA XIV.

D. JULIAN, CLARIN.

CLARIN. (Entrando.) Dios me valga!
JULIAN. Cielos! Clarin!
CLARIN. Don Julian!
JULIAN. Y mi hijo? y don Juan? habla...
habla, Clarin...
CLARIN. (Todo muy vivo.) Si no puedo!
si hasta me faltan palabras;
si tengo un nudo en el pecho
y un pesar en la garganta...
si se me saltan los ojos
porque el llanto me los salta.
JULIAN. Mira por lo que en el mundo
quieras más! deja esa calma;
me atormenta tu silencio...
cuenta mi pena!
CLARIN. Escuchadla.
Ansioso por ver á Celia,
más que cabalgar, volaba
don Juan, á encontrar el término
de sus amorosas ansias!...
JULIAN. No te detengas.
CLARIN. Llegamos,
y al conocer que llegaba
á las horas que acostumbra
á regar Celia sus plantas...
JULIAN. No respires!!
CLARIN. Anhelante

despues de ausencia tan larga...

JULIAN. Sigue!...

CLARIN. Acerca su caballo,
sube en él, monta en la tapia,
le imito yo, pero apenas
si la cabeza asomaba,
cuando un tiro...

JULIAN. (Cayendo en el sillon.) Dios me asista!...
parricida!!

(Entran Diego y otros criados, que traen sin sentido á D. Juan.)

ESCENA XV.

DICHOS, DIEGO, CRIADOS.

DIEGO. (Entrando.) Y no me matan!
Mil rayos! maldito sea
quien es de este mal la causa!

JULIAN. Hijo! Don Juan ¿no contestas?
no me escuchas?

DIEGO. (Con lástima.) Dios le valga!

JULIAN. Aquí está Celia! hija mia!...
tal vez tu voz...

(Todos buscan con los ojos á Celia.)

CEBOLL. (Dentro.) Perro! Á rastras
te he de llevar...

JULIAN. Diego y Celia?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CEBOLLEDO y LILO.

JULIAN. Celia!

CEBOLL. Vamos!

LILO. (Temblando.) Vírgen santa!

JULIAN. Celia!!

CEBOLL. Razon has de dar
ó he de aplastarte!

JULIAN. Qué?

CEBOLL. Nada;
abierto está el portalon

por donde saco mis vacas...
sombras he visto que huian...

JULIAN. Y Celia?

CEBOLL. Es vano buscarla!...

LILO. Yo juro, señor!... (Cae de rodillas.)

DIEGO. Mil rayos!...

JULIAN. (Cayendo desmayado en el sillon.)
Don Juan! Celia! Hijos del alma!!!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion. Durante el acto va aclarando el dia.

ESCENA PRIMERA.

CEBOLLEDO, LILO, detrás de la verja.

LILO. Pastor!
CEBOLL. Otra vez!
LILO. Pastor!
no me escuchas?...
CEBOLL. De hablar cesa;
que tiene en ménos la boca
quien tiene en más la vergüenza!...
LILO. Escucha lo que es del caso
y vanas razones deja...
CEBOLL. Vanas razones!...
LILO. Dí á tu amo
don Julian, que bien pudiera
la libertad otorgarme
en premio de mis respuestas:
díle que pues por mí puede
ver á la triste doncella,
vil traicion que me arrancaron
más que el temer, sus promesas;
dile, que ya que á don Juan
respetó la suerte, y fuera

la causa de su desmayo
el cansancio y la sorpresa,
mejor que la leve herida
que recibió, en la que entra
en mucho más su ignorancia,
que entrára la culpa nuestra;
dí que si ligero anduvo,
no es bien que su ligereza
pague yo, y así, que rompa,
que ya es tiempo, las cadenas
con que sin razon me oprime.
Haz lo que te digo y cuenta
que de no hacerlo, te juro
que es de buen temple mi negra,
y he de hacer yo porque tú hagas
conocimiento con ella.

CEBOLL. Si por tus respuestas son
mal esperas recompensas,
que harto trabajo costaron
y harto tiempo tus respuestas!...
Si por desdicha se agrava
de don Juan el mal, si aumentan
dolores que ha despreciado
por salvar á doña Celia,
si acaso llegaron tarde,
tus esperanzas deshecha:
espera sólo un castigo
menor que la infamia vuestra,
que nunca el castigo es grande
cuando es tan grande la afrenta!...
Deshecha tus amenazas,
que por ser tuyas son necias,
que si de espadas no entiendo
hondas tengo y sobran piedras!...

LILO. Por Dios que en el huerto anoche
no hablabas de esa manera!...

CEBOLL. En donde mandan traiciones
callan honradas defensas!...

LILO. Haz lo qne te dije...

CEBOLL. Calla.

LILO. Oye!...

CEBOLL. Don Julian se acerca!...

(Ap.) (Y por Dios que estoy temblando
y me espanta su presencia!...)
(Sale D. Julian y se dirige á la galería, sin ver al pastor, que se retira al fondo izquierda.)

ESCENA II.

D. JULIAN, CEBOLLEDO.

JULIAN. Cuán lentas pasan las horas?
cuánto tardan, ya comienza
de la aurora á clarear
la débil luz, y se alejan
las tinieblas de la noche
y no se alejan mis penas,
que son tan negras, tan grandes
como esas mismas tinieblas.
(Viniendo al proscenio.)
Conque era ilusion mi amor,
y mi cariño quimera?
Conque no es Celia mi vida
puesto que vivo sin ella?
Conque tengo el corazon
tan duro como las piedras,
que dicen que el dolor mata
y no me mata su ausencia...
Ah! le plugo airado al cielo
que el desgraciado no tenga
ni aun el mísero placer
de que le mate su pena.

CEBOLL. (Suspirando.)
Ay! Dios!

JULIAN. Qué! quién está ahí?
qué buscas?

CEBOLL. Ay! Dios!

JULIAN. Qué rezas?
¿Han muerto acaso á don Juan?
Murió de mi amor la esencia?
Murió Diego? Se ha incendiado
y hecho cenizas mi hacienda?
Habla, dilo: qué te espanta?
No ves que me sobran fuerzas

y que tengo el corazon
tan duro como las piedras!!
¿No ves que su ausencia sufro
sin que me mate su ausencia!!
Aún callas? habla.

CEBOLL. Mi llanto,
señor, á llanto os mueva;
ni me separeis de vos
ni vos me separeis de ellas.

JULIAN. No comprendo.

CEBOLL. De mis vacas,
es su establo mi vivienda,
entre ellas nací, señor,
y me he criado entre ellas...
El ladron vino á engañarme.

JULIAN. Qué!! sigue... no te detengas.

CEBOLL. Que viendo inútil su ruego
é inútiles sus riquezas,
puso una daga en mi pecho
y ví la muerte tan cerca...
que al verme allí sin amparo
temblé de espanto, y la prenda
dile que pidió...

JULIAN. ¿Qué dices
infeliz, qué prenda es esa?...

CEBOLL. Pidióme y dile... la llave
del portalon...

JULIAN. Dios me tenga
de su mano; tú, tú fuiste,
y vienes y me lo cuentas,
y yo te escucho insensato
sin arrancarte la lengua,
y siendo cómplice vives...
vas á escuchar tu sentencia...
(Amartillando un pistolete: Cebolledo cae de rodillas.)

CEBOLL. Oh!... señor!!...

JULIAN. (Apuntando.) Yo soy tu juez...

ESCENA III.

DICHOS, CELIA y DIEGO.

CELIA. (Corriendo á ponerse delante de Cebolledo.)
Mas no su verdugo!!...
JULIAN. (Tirando el pistolete y tendiéndole los brazos.)
Celia!!...
CELIA. ¿Qué ibais á hacer?
DIEGO. (Á Cebolledo.) Alza y vete. (Váse.)

ESCENA IV.

D. JULIAN, CELIA, DIEGO.

JULIAN. Loco me tuvo tu ausencia!...
me mata, Celia, el placer,
y no me mató la pena!
CELIA. Yo soy, miradme, yo, libre
de las horribles finezas
de aquel hombre!
JULIAN. Si te escucho
y pienso que el alma sueña,
si entre mis brazos te miro
y hasta dudo que tú seas!...
DIEGO. No en balde alienta don Juan
aunque de milagro alienta,
que á la cabeza apuntaba
y hubiérale en la cabeza,
puesto el tiro; mas no en balde
pasan los años, las fuerzas
se agotan, su vigor pierden
los ojos, los brazos tiemblan;
bendito aquel que dispuso
del tiempo, si así no fuera
muerto estuviera don Juan,
y vos loco, y loca Celia...
cieguen mil veces mis ojos
ántes que tal dolor vean!
JULIAN. Bien dices, Diego, bien dices,
ha diez años no se hubiera

contentado tu arcabuz
con rasgar un brazo apenas...
pero y tú... por qué así callas? (Á Celia.)

DIEGO. Cierto...

JULIAN. ¿Por qué no nos cuentas...

CELIA. Valiera mas olvidarlo!

JULIAN. Me mata la duda: piensa
que ausente toda la noche
estuviste, Celia, cuenta
que en poder de ese malvado
pasaste la noche entera,
y que puso el miserable
(Tómeselo Dios en cuenta.)
una cadena á tu honor,
un dogal á la honra nuestra:
no te olvides que murmura
la gente, y cuando lo sepan
dirán al verte en la calle...

CELIA. Dios lo quiso!...

JULIAN. Es esa... es esa...
esa es... y maliciosos
sonreirán, y la doncella
pierde con cada sonrisa
su más delicada esencia!
que es la materia de honras
tan delicada materia,
que es mucho más que una daga
terrible una mala lengua!...
Habla, pues, Celia, no tardes!

CELIA. Escuchad. (Dios me dé fuerzas!)
Pediros debo un perdon;
ayer por la vez primera
guardé para vos secretos,
esperaba á don Juan!

JULIAN. Celia!!...

CELIA. Mi padre á nuestros amores
se resiste, ántes que sepa
que torne de Flandes quiero,
porque á nuestro bien es fuerza,
reparar nuestros afanes
y vencer su resistencia!...

JULIAN. Ah!

CELIA. Te espero á la oracion
en el huerto...

DIEGO. ¡Quién pudiera
pensar que don Juan...

CELIA. Y triste
y al mismo tiempo contenta
de verle esperé la noche;
tocó la oracion, y llena
de esperanzas bajé al huerto;
al poco sentí muy cerca
un tiro, luégo mil voces,
despues... nada, creíme muerta!. .
Qué fué de mí? no lo sé;
pero despues, no supiera
decir si tarde, mis ojos
ojalá nunca se abrieran,
al sentirme acariciada
de la noche por las frescas
auras, se abrieron llorosos;
luz buscaban, luz quisieran,
tinieblas sólo encontraron,
por todas partes tinieblas!...
Fuí recobrando el sentido,
y cual si alguna centella
me arrestrase, así sentíme
con una infernal violencia
trasportada.—Don Juan—dije,
—á dónde vamos! qué intentas?—
y escuché luégo una voz
entre amorosa y severa
que dijo:—Ten esperanzas
y los recuerdos deshecha,
que entre esperanza y recuerdos
la esperanza es más risueña!
No era su voz!! gritar quise
y aliento faltóme y fuerza!...
Casas pensé descubrir
y calles, y estuve cierta
cuando ví la santa imágen
de la Vírgen, de una puerta
sobre el arco, y á la débil
luz que la alumbraba viera

distintivamente una calle
larga, solitaria, negra!...
Estábamos en la córte;
paró al poco la litera
de otra calle ante una casa
de miserable apariencia;
—Baja -me dijo, y bajé,
entré donde dijo—entra,
y en una estancia sombría,
entre bruja y entre dueña,
me recibió una mujer,
que al verme exclamó contenta:
—No temais, que de esta casa
sois desde luégo la reina—
añadiendo por lo bajo:
—Por Dios que es linda pareja!—
No sé cuánto tiempo estuve
con aquel hombre, sujeta
por mi martirio, á escuchar
sus miserables finezas...

DIEGO. Pobre Celia!

JULIAN. Sigue.

CELIA. Luégo
entró en la estancia la dueña...
entregó un pliego y don Luis
leyó—urgente—en la cubierta.
Duda, da un paso, vacila,
vuelve á vacilar con muestras
de pesar, y al cabo exclama:
—Si Cárlos quinto lo ordena,
quién resiste? y dirigiéndose
á mí:—Niña—nada temas
me dijo,—me llama el rey
y estaré pronto de vuelta.
Salió y la dueña siguióle
cerrando tras sí la puerta.
Víme sola, una ventana
ví y réspiré!... mas sus rejas
no ablandaron ni mis ayes,
ni mi llanto, ni mi queja!
Lentas pasaron las horas!

JULIAN. Lentas pasaron!...

CELIA. Muy lentas!...
pidiendo á la santa Madre
la Vírgen de la Almudena
amparo; pasé una noche
como mis pesares negra!...
Nunca apartaba los ojos
de aquella terrible puerta,
temblando al verla cerrada,
temblando de que se abriera!

JULIAN. Y... se... abrió?... (Con interés creciente.)

CELIA. Cuando la aurora
blanca á clarear comienza;
cuando respiran las flores
engalanadas con perlas...
cuando deja el nido el ave
y á cantar el alba empieza,
se abrió...

JULIAN. Y entónces...

CELIA. (Muy vivo.) Entónces
como una ilusion risueña
ví que no en vano pasára
la noche de pena muerta,
pidiendo amparo á la Vírgen,
la Vírgen de la Almudena!
Entró don Juan agitado,
del dolor la dura huella
marcada en el rostro; y casi
á un tiempo, como la fiera
que le arrebatan sus hijos,
ó que le roban su presa,
entró don Luis, y don Juan
dijo:—Partidas como ésta,
á no ser entre leales
compañeros, merecieran
mucha sangre; y añadió:
—Habeis ganado la apuesta—
y dirigiéndose á mí,
—Vé con Diego y nada temas,
que don Luis es muy mi amigo
y fué una locura nuestra
cuanto pasó. Dijo—Cierto—
don Luis, más de una manera...

que no sé qué triste duda...

JULIAN. Pero y don Juan.

DIEGO. (Dudando.) Allá queda...

CELIA. Hablando alegre á don Luis.

JULIAN. (Ap.) (Alegrías como esta
pueden trocarse en desdichas...)

DIEGO. (Ap.) (Á estas horas ya no alienta
uno de los dos...)

JULIAN. (Ap.) (Ya tarda!...)

CELIA. ¿Qué nuevo mal nos aqueja?...

JULIAN. Nada!... Diego!...

DIEGO. Señor.

JULIAN. (Ap. á él.) Oye:
á estas horas nuestra afrenta
se habrá lavado con sangre.

DIEGO. Tal pienso!

JULIAN. Mas por si fuera
esa sangre de don Juan,
no son tan pobres mis fuerzas,
ni tan grande de una espada
el peso, que yo no pueda
manejarla como un hombre;
la tuya á tu cinto cuelga,
que ir á la córte al momento
nos precisa.

DIEGO. Al punto. (Sale Diego.)

JULIAN. Vuela.

ESCENA V.

CELIA, D. JULIAN.

JULIAN. Vé á tu estancia, que ya es hora
de que algun reposo tengas.

CELIA. Vais á salir?...

JULIAN. Á la córte.

CELIA. Vos... á la córte?

JULIAN. Me espera...
un grande amigo...

CELIA. Á estas horas?

JULIAN. Pronto vuelvo.

CELIA. Señor!...

JULIAN. Deja,
que he de ir; nada receles...
vuelvo pronto.
CELIA. Pero...
JULIAN. Celia!
no repliques...
CELIA. Obedezco!...
(Váse á su habitacion.)
JULIAN. Ahora, que Dios me proteja.
(Sale por la izquierda. Queda la escena un instante desierta.)

ESCENA VI.

D. JUAN.

Cielos!... me mata el dolor!...
adios patria, adios hogar,
cuna de tan dulce amar,
sepultura de mi amor!...
Casa que nos vió nacer...
y por mi suerte tirana,
miras tan triste el mañana
como dichosa el ayer!...
Fuentes, cuyas aguas puras
pintaron su imágen bella,
avecillas, ay! que de ella
cantaron las donosuras!...
Campos que yo despojé
de tantas hermosas flores
para ornar con sus colores
á la que tanto adoré!
Dichas, sueños, alegrías,
esperanzas é ilusiones,
que á dos tiernos corazones
disteis tan dichosos dias!...
Adios todos! mi amargura
mayor que mi bien ha sido;
ya será siempre el olvido
cárcel de tanta ventura!...

ESCENA VII.

D. JUAN, DIEGO.

DIEGO. (Al verle.) Don Juan!...
JUAN. Diego!...
DIEGO. Vos aquí!
(Llamando.) Celia! Señor!...
JUAN. Calla, Diego!
DIEGO. Vuelvo al punto! (Queriendo salir.)
JUAN. (Deteniéndole.) Yo te ruego
que no te muevas de ahí.
(Despues de una pausa.)
Tiraste tú!!...
DIEGO. (Triste.) Yo... tiré...
JUAN. Mucho erraste!...
DIEGO. Y por la suerte
de no haberos dado muerte
eternas gracias daré. (Señalando al cielo.)
JUAN. Perdiste mucho; no en vano
pasa el tiempo, son despojos
hoy ya la luz en tus ojos
y el pulso, Diego, en tu mano!...
Mal tiro diste!...
DIEGO. Don Juan,
muévaos á piedad mi pena!...
JUAN. Déjasme una vida llena
de amarguras y de afan!...
DIEGO. Si hubiera querido el cielo,
contra nosotros airado,
que os hubiera contemplado
muerto, don Juan, en el suelo,
y mi mente al recordar
vuestra existencia de niño,
siendo el único cariño
que supe siempre guardar,
sin vida os viera á mis piés,
fuera tal mi desventura,
que loco... es poco locura;
sí, don Juan, poco despues
èntre rabia y afliccion,

rompiera al alma los lazos
y arrojára hecho pedazos
á un perro mi corazon!!
Si hasta vuestra leve herida
me causa tanto pesar!...

JUAN. Más te debiera causar
verme un instante con vida!...
No más, Diego, ¿quién pensára
cuando amé por vez primera,
que un amor vida me diera
y el mismo amor me matára!...
¿Te acuerdas, Diego?... era niña,
y la vimos tan hermosa
que daba envidia á la rosa
más pura de la campiña!...
¿Dónde están aquellos dias!

DIEGO. Celia os ama...

JUAN. Qué se hicieron?...
voy á partir cual partieron,
Diego, aquellas alegrías!...
no más.

DIEGO. Partir?!... .

JUAN. Sí; mi suerte
me separa de esta tierra,
hay guerra y amo la guerra
porque en ella está la muerte!...
Pero... no los quiero ver,
que si sus palabras siento,
perderé el último aliento
que me resta que perder.

DIEGO. Mas...

JUAN. Si viera, Diego, aquí
del pobre anciano el quebranto;
si viera de Celia el llanto
no sé qué fuera de mí!...
él, mi padre, y sus dolores
no podré con calma ver!...
ella la dulce mujer
ensueño de mis amores!...

DIEGO. Y vais á partir, señor!

JUAN. Sí, y te juro por mi vida
que llevo el alma transida

de un insondable dolor!

DIEGO. Les va á matar el pesar:
si algo valiera mi ruego,
no partais.

JUAN. Escucha, Diego:
si aciertan á preguntar,
ni acertáran á decir
por qué tal suerte nos cupo,
dices que Celia no supo
ántes que ceder, morir!...
que su merecido, fuerte
castigo, tuvo el malvado
don Luis; mas que lo ha jurado
y nadie miente en la muerte!...

DIEGO. Qué dices?...

JUAN. Más su afliccion,
Diego, para no aumentar,
si aciertan á preguntar
cómo llevo el corazon,
niegas todo sentimiento,
dices que partir me has visto
contento...

DIEGO. No; vive Cristo!

JUAN. Oyes? que parto contento;
dí que no miren mi huella
que será huella de hiel,
que llevo odios para él
y desprecios para ella...
oyes?...

DIEGO. Cómo mentir tanto?
ántes me arranco la lengua!

JUAN. Ah! ¿no ves que así se amengua
por el odio su quebranto...
(Mirando respectivamente á las habitaciones de Celia y don Julian.)
Adios! (Á Diego.) que parto con calma
adios! (Id.) casi con placer!...
(Apoyándose en el marco de la puerta del fondo.)
más cómo partir sin ver
esos pedazos de mi alma?!!...

ESCENA VIII.

DICHOS, D. JULIAN.

JUAN. (Sin ver á D. Julian.)
Para siempre adios!
JULIAN. Don Juan!
JUAN. Ah!... (Sorprendido.)
DIEGO. (Bien!) (Con satisfaccion.)
JULIAN. Partir de esa suerte!
Dónde vas?
JUAN. Donde la muerte
ponga término á mi afan!
JULIAN. Qué?!
JUAN. Donde no pueda ver
esa encantada llanura
testigo de mi ventura,
de mis delicias de ayer;
donde pueda suspirar
sin que me regale el viento
á cada paso un tormento,
ni me pueda recordar
una ilusion cada flor,
cada fuente una sonrisa,
cada átomo de la brisa
un juramento de amor!...
Donde no pueda mirar
sitios que me han sonreido,
adonde pueda el olvido
tanta pena mitigar!...
adonde...
JULIAN. Cesa; loco un dia
permití que te alejáras,
temiendo que me robáras
con Celia la vida mia!
Harto mis penas despues
mi pecado castigaron;
harto mis ojos lloraron,
harto lloran!... ya lo ves!...
Mucho ha sido su rigor,

mas sabe el cielo bendito
que fué mi único delito
ser avaro de su amor!...
Loco y ciego no encontraba
depósito digno de ella;
loco y ciego hasta á mi estrella
por ella desafiaba!
Ah! luégo ví sus enojos;
luégo mi amor desoyendo
cuando triste viví viendo
contínuo el llanto en sus ojos,
busqué con afan prolijo
un depósito á su amor...
Loco estuve; ¿cuál mejor
que los brazos de mi hijo!...

JUAN. ¡Cielos! (Aterrado.)

DIEGO. (Id.) Ah!...

JULIAN. No partirás;
todos nos perdonaremos
y felices viviremos
sin separarnos jamás!...
Callas?...

DIEGO. (Ap. á D. Juan.) (Don Juan, compasion,
le va á matar su agonía!...)

JUAN. (Ap.) (Su faz angustiada y fria
me desgarra el corazon!...)

JULIAN. Aún callas?... Tan mal te hallas
aquí... á mi lado...

JUAN. Señor!...

JULIAN. Era mentido tu amor!!

JUAN. Padre!...

JULIAN. Entónces por qué callas?...
Hijo, tú no habrás dejado
sin castigo nuestra afrenta...

JUAN. Padre! siempre tuve en cuenta
el nombre que me habeis dado!...

JULIAN. Habrá pagado bien cara
su infamia.

JUAN. Sólo quisiera
que muchas vidas tuviera,
que otras tantas le arrancára!...

JULIAN. Entónces cuál es tu afan?

Hoy que vengo á Celia á darte,
por qué en lugar de alegrarte
sufres y callas, don Juan?

JUAN. Ah! porque no quiere el cielo,
que de pesares me llena,
que tenga alivio mi pena,
ni tenga mi mal consuelo!
porque es mi estrella sufrir,
vivir muriendo...

JULIAN. Qué dices?...

JUAN. Porque así como hay felices
que nacen para vivir
y con ellos va el placer,
hay tambien mil desgraciados
que viven, desheredados,
muriendo desde el nacer!...
Porque es muy negro el afan
en que mi vida se anega...
porque Celia...

DIEGO. (Interrumpiéndole.) Celia llega...
(Ap. á D. Juan.)
(Es vuesto padre, don Juan!)

JUAN. Verla otra vez... ay de mí!...

JULIAN. (Ap.) (¿Que me ocultan?...)

JUAN. Padre... Diego...

JULIAN. Dí...

JUAN. Que me dejeis os ruego
con Celia...

JULIAN. (Ap.) (Qué pasa aquí?)

DIEGO. (Ap.) (De fijo su vida acorta
tal dolor!)

JUAN. Sólo un momento.

JULIAN. (Al salir.) La causa de su tormento
mucho conocer me importa!...
(Sale D. Julian por la izquierda y se queda al paño. Diego por el fondo.)

ESCENA IX.

CELIA, D. JUAN.

JUAN. Dadme, cielos, valor; porque al mirarla

tan imposible al verla,
no sé si aborrecerla ó adorarla,
no sé si amarla más ó aborrecerla!...

CELIA. Don Juan!... (Con alegría.)

JUAN. (Apartándola.) Celia!

CELIA. (Muy sorprendida.) Qué tienes?
no te causa ya verme una alegría!...

JUAN. (Cielos! ¿qué dice?...)

CELIA. Callas!...
por qué no me hablas ya, como aquel dia
que amante en la pradera
me jurabas tu amor por vez primera!...

JUAN. Cesa, Celia, que siento
un martirio cruel al escucharte,
y aumenta mi agonía
mucho más que mi mal tu fingimiento,
más que el pecado, más, tu hipocresía!...

CELIA. (Aturdida.) Don Juan!...

JUAN. Á qué cansarte
recordando aquel tiempo venturoso,
por nuestro mal pasado!...
tiempo feliz en que me ví dichoso
siempre cerca de tí, siempre á tu lado
gozando tus amores,
ilusiones perdidas,
marchitas ya como las pobres flores
del sol al rayo ardiente sometidas!...
Y si perdidas ves tan dulces horas,
por qué guardas el llanto,
y en vez de recordarlas no las lloras!...

CELIA. Ni tus quejas entiendo,
ni entiendo la razon de tu quebranto!...
qué ha sido de tu amor! ¿qué sueño horrible
es este? ó qué maldito
genio infernal contra nosotros lucha!
ah! dímelo, don Juan, ¿cómo es posible
que un amor que jurabas infinito,
se apague, por mi mal, tan pronto!...

JUAN. Escucha.
Saliste, Celia, á la pradera un dia
y embalsamaste el aura con tu aliento!...
murmuraron los campos su contento,

las fuentes su alegría!...
las encantadas flores exhalaron
sus alientos suaves
cuando cerca pasabas, y dejaron
su pobre nido las canoras aves,
y creyéndote el alba te cantaron!...
En el bosque los tiernos ruiseñores
cantaron tu hermosura:
dióte el bosque su encanto
la flor su donosura,
el sol hermoso su dorado manto,
sus alientos las flores,
y el cielo mismo su dosel de amores!...
Y yo que lo veía,
sin poderme explicar lo que sentía
dentro del corazon, lo preguntaba,
á aquellos mismos seres, anhelante,
mi pobre pecho amante
logró sólo saber... que te adoraba!
—Dulce el tiempo pasaba, hasta que un dia
pensé que no bastaba
nuestro infantil placer, nuestra alegría,
que era poco adorarte,
y que ya el tiempo huyera
de recorrer gozosos la pradera,
y con sus flores, Celia, coronarte;
quiso ofrecerte el hombre
fuego en su corazon, gloria en su nombre!
Dejé mi amada tierra,
guerra en Flandes había, y deseando
laureles para tí, partí á la guerra!
En alas de mi amor y mi esperanza,
hasta Flandes llegué, «Celia» diciendo,
siempre tu nombre amado repitiendo!...
De abril era una tarde,
del sol hermoso los templados rayos,
próximos á partir se reflejaban
en los limpios aceros;
contraria á nuestras armas horrorosa
la lidia comenzó, y allí espiraban
valientes peleando
con español valor, cien caballeros,

su Dios, su amor, su patria recordando!
Nuestras fuerzas cedian
al contemplar contraria nuestra estrella;
ah! me acordé de tí! «todo por ella»
me gritó el corazon, y víme luégo
por cuarenta contrarios rodeado
sembrando muerte y respirando fuego.
Por tu recuerdo amado
entónces luché altivo,
era «Celia» mi enseña, tú mi guía;
y luégo al ver mi sangre que corria
y en infelice suerte
tender los brazos hácia mí la muerte.
«¡¡Celia!!» dije otra vez en mi agonía,
que tuyo el pensamiento,
tu nombre dije mientras tuve aliento!!...
Un año de amargura
pasé despues muriéndome de pena,
pendiente á mi cintura
en lugar de una espada, una cadena!...
Sus negros eslabones
me entretuve en contar; ¿qué me importaba
cautivo el cuerpo, si tu faz querida
amante al recordar me regalaba
de ventura y de amor toda una vida!!
Mil veces contemplando
el pálido destello de la luna,
que dolido tal vez de mi fortuna
entraba en mi prision, víme forjando
mil sueños de placer y bienandanza;
del desgraciado es siempre
el único consuelo la esperanza!...
La mia se cumplió: manos amigas
me dieron libertad; vuelo á tus brazos,
llego cerca de tí y haces pedazos
mi corazon; y encuentro en vez de aquellas
dichas que imaginé dulces y bellas,
encuentro en vez de mi soñada calma,
otro martirio más para mi vida!
un desengaño más para mi alma!...
una esperanza más... desvanecida!!!...,
Perdóname si loco

el recuerdo feliz de aquellas horas
en estas de afan llenas
última vez, por nuestro mal, evoco:
causa al feliz placer,
Celia, el recuerdo de pasadas penas
como causa placer al desgraciado
dulce el recuerdo de su bien pasado!...
Vuelvo, Celia, á partir; los halagüeños
ensueños de ventura que forjaba
eran al cabo ensueños,
sueños tan sólo han sido,
que al despertar cual todos, han huido!...
Fuerte debiste ser, y débil fuiste;
tu honor viste asaltado,
y ni guardarlo ni morir supiste;
y ya que te he vengado,
vengo á decirte de amargura lleno,
que no creeré jamás que el desgraciado
que da su propio honor guarde el ajeno!...

CELIA. (Teniendo para no caer que apoyarse en el sillon.)
Cielos!... (Despues de una pausa.)
Partid, don Juan, partid y sea
mayor vuestra ventura
que mi horrible tormento y mi amargura!...
Tambien pensábais como yo que era
la tierra toda esa extension florida,
que era toda la tierra
esa pradera que á lo lejos cierra
enhiesto Guadarrama; esa querida
pradera en que crecimos
y tantas veces juntos recorrimos!...
Tierras vísteis despues; y ya aquel dia,
al comparar, don Juan, os pareciera
mísero estéril campo la pradera
que entónces deliciosa os parecía.
Vísteis despues la córte,
vísteis aquellas damas
de rostro hermoso, de arrogante porte;
comparada con ellas,
Celia, aquella que amabas otros dias,
por doncella tal vez de sus doncellas
acaso la tendrías!...

quizá más merecieran
porque al hacer, don Juan, comparaciones
tocábame perder! ah! si pudieran
compararse tambien los corazones!!...
Engañado vivías,
quisiste deshacer tan torpe engaño
y no encontrabas modo, no sabías
cómo causar á Celia tanto daño!...
Una ocasion buscabas
y con don Luis acaso concertabas
esa misma ocasion...

JUAN. (Indignado.) ¿Cómo pensaste
tan negra infamia en mí?...

CELIA. Ya te la ha dado
con su horrible calumnia ese malvado!...

JUAN. No se miente al morir!...

CELIA. (Con fuego y altivez.) Verme pensabas
suplicante á tus pies, ah! te engañabas!
dudando della á la virtud se ofende,
la virtud es altiva,
sí, la virtud don Juan, no se defiende!!...

JUAN. Cielos, qué horrible duda!...

CELIA. Qué tormento!

JUAN. Qué miserable vida!...

CELIA. Qué triste amor tan mal correspondido!...

JUAN. Cuánta ilusion perdida!

CELIA. Cuánto sueño de amor desvanecido!...

JUAN. Adios!...

CELIA. (Cielos!) Partid, y si en el mundo
otra infeliz hallais que os ame tanto...
como os amaba yo, que no taladre
su pecho este quebranto...
(Cada vez más angustiada.)
que horrible... siento... aquí... en el alma...
(Corriendo hácia D. Julian, que aparece por la izquierda.)
Ay! padre!!...

ESCENA X.

DICHOS, D. JULIAN.

JULIAN. (Abrazándola.)
Hija, alivia tu afliccion,
las lágrimas jugo son
del alma, llora tú agora,
que la mujer que no llora
tiene seco el corazon!

CELIA. Lloro otro llanto más fuerte,
crudo llanto; y es de suerte
que ofrece aparente calma
y seca sólo la muerte,
padre, es el llanto del alma!...

JUAN. Habrá tormento mayor!
habrá más grande dolor
que odiar á un tiempo y querer
y tener que aborrecer
cuando se muere de amor!...

JULIAN. Mientras tan dichosa has sido
amada, Celia, te ví;
hoy eres árbol caido,
y hasta el mismo que ha vivido
por tí, se aparta de tí!...
Mira al padre vencedor
en ese ataque traidor
que nos da, siempre enemigo,
con su amistad el amigo
y el amante con su amor!
Mas tú siempre gozarás
mis paternales abrazos...
y al estrecharte sabrás
cuáles son, Celia, los brazos
que no se cierran jamás!...
Tal vez la amistad te aliente,
quizá alivie tu castigo...
porque mil consuelos miente;
mas recuerda que el amigo
consuela, pero no siente!...
El amante en su agonía

por no perdonar pregona
que primero moriría!...
porque el amante, hija mia,
siente pero no perdona!...
Hija siempre, aunque taladre
su pecho un pesar ardiente
y arrugue el dolor su frente,
Celia, el padre, sólo el padre
consuela, perdona y siente!...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CLARIN, luégo DIEGO.

CLARIN. (Entrando.) Aquí está Clarin que viene
con un recado de un muerto.
JUAN. Qué dices?
CLARIN. Lo que es muy cierto,
mi señor!
JUAN. Muy mal se aviene
con mi dolor el descaro
de tu locura sin fin.
CLARIN. Es cierto que soy Clarin
y que suelo mentir claro;
pero esta vez ¡vive Dios!...
que no miento, y es lo cierto,
que se le ha metido al muerto
que tiene que hablar con vos!
JUAN. Callá, necio!...
CLARIN. Eso os espanta?...
JUAN. (Irritado.) Consentirte más es mengua!...
CLARIN. (Sacando un pliego que entrega á D. Juan.)
Voy á buscarle la lengua
al difunto, pliego canta.
JUAN. Es...
CLARIN. De don Luis; y concibo
que ya desto se colige
el cómo un muerto dirige
cuatro palabras á un vivo.
JUAN Murió!... (Abriendo el pliego.)
CLARIN. Llególe su dia,
y no alivió sus dolores

tener allí más dotores
que santos la letanía!
Morirá! con gran dolor
uno tras otro dijeron,
si otra cosa no aprendieron
debiera yo ser dotor.

CELIA. Dios le perdone!...

JULIAN. Escuchar
me agrada tu compasion!
Muy dulce satisfacion
de la vida es perdonar.

JUAN. (Que en tanto ha leido el pliego.)
Ah! de confusion me llena,
porque añade su letura
más dolor á mi amargura
y mayor pena á mi pena!...

JULIAN. Qué dices?

JUAN. Tomad y ved
si encuentra á mi mal razon!...

JULIAN. Que calme nuestra aflicion,
¿qué podrá decir?...

JUAN. Leed!...

JULIAN. (Leyendo.) «Quien os hizo tal afrenta
»nunca supo perdonar;
»mas siente tan cerca el dar
»della al cielo estrecha cuenta;
»que implora vuestro perdon;
»y delante de Dios jura
»que es Celia inocente y pura...»

CELIA. (Cayendo de rodillas.)
Madre de mi corazon!...
escuchaste, madre mia
sin duda mi ruego triste!

JULIAN. (Á D. Juan.) Que no calmaba, dijiste,
este pliego tu agonía!...

JUAN. Aumentan más el rigor
de su castigo los cielos,
que si al partir con mis celos
me asesinaba el dolor!
¿cómo recobrar mi calma
si en lugar de mi despecho,
llevo su amor en el pecho

y su retrato en el alma!...

DIEGO. (Ap.) (Diego, oculta tu torpeza
y de dudar te arrepiente,
la mujer lleva en su frente
el sello de su pureza!...)

JUAN. Á pesar de mi aflicion
estar más aquí no debo
que ni á implorarlo me atrevo
ni merezco su perdon!...

CELIA. Ah!...

JULIAN. Lloras!... y tú... Don Juan...
sufres!... acércate á mí...
acércate, Celia... así...
tiempo es ya de que el afan
cese y que cese el castigo
de nuestra suerte enemiga...
hijos! que Dios os bendiga
lo mismo que yo os bendigo!...

JUAN. Celia!...

CELIA. Don Juan!...

JUAN. Me mataba
de abandonarte el pesar...

CELIA. Muriendo estaba al pensar
que de tí me separaba!...

JUAN. Ah! (Tomándole una mano.)

CELIA. Castigo merecieras...

JUAN. Leve porque fuí celoso,
pero sufriré dichoso
el castigo que tú quieras!...

JULIAN. Gracias, cielos, porque veo
su felicidad cumplida...

DIEGO. Cumplido está de mi vida
el más ardiente deseo!...

CLARIN. Amor, locura del cuerdo;
aunque á veces el afan
cesa de dama á galan
y si te ví no me acuerdo:
pero hay otras que el demonio
toma parte, y el amor
es peor, mucho peor,
porque acaba en matrimonio!...

JULIAN. Don Juan, si ya los enojos

quieres calmar de este viejo,
mírate en el dulce espejo
de sus clarísimos ojos!
que será mi bien mayor
poder mirar complacido
que eres tú, como yo he sido
EL AVARO DE SU AMOR.
(Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS

propiedad del Sr. Calvacho, *administradas por los señores* Gullon *é* Hidalgo.

ACTOS.	TITULOS.	AUTORES.	Precios.
1	Al pie del precipicio.....	C. Calvacho.....	4 rs.
1	Consuelo.....	J. Alba.....	4
1	Cantones domésticos.....	J. Alba.....	4
2	El nido de la cigüeña...	J. Bergaño.....	6
1	El hijo de D. Damian.....	P. Escamilla.....	4
3	El collar de esmeraldas.	J. Aranaz.....	8
1	El festin de Baltasar....	J. Bergaño.....	4
2	El avaro de su amor....	M. Romero de Aquino.	6
1	La cruz roja en Alicante.	J. Alba.....	4
1	La tea de la discordia....	C. Calvacho.....	4
1	La novia ó la vida.....	C. Calvacho.....	4
1	Llegar á tiempo.....	E. Navarro y Gonzalvo.	4
1	La criada respondona....	C. Calvacho.	4
1	Por un descuido...	E. Navarro y Gonzalvo.	4
1	Pia y Flora.....	J. Bergaño.....	4
3	Tapas y medias suelas....	C. Calvacho.	8
1	Un lance de carnaval...	J. Bergaño.....	4
1	Una tostada.....	C. Calvacho.....	4

Aumento al Catálogo de EL TEATRO de 1.° de Setiembre de 1873.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
e se hace de miel	1	Antonio Ramiro	Todo.
ræ	1	R. de Campoamor	»
rido	1	Eduardo Lustonó	»
tado de sitio	1	E. Zamora	»
ıtado al mandarin	1	E. Zumel	»
uz Roja en Alicante	1	Juan de Alba	»
u de la relichó	1	N. N.	»
r á tiempo	1	Eduardo Navarro	»
ıdes	1	Eduardo Lustonó	»
ıa y Compañía	1	Joaquin Balaguer	»
s y ricos	1	E. Zamora	»
ɔs millones	1	E. Zumel	»
ı descuido	1	E. Navarro	»
cualis com camali	1	N. N.	»
putado de antaño	1	Pelayo del Castillo	»
ctor de secá	1	R. María Liern	»
apaet y prou	1	N. N.	»
aro de su amor	2	M. Romero de Aquino	»
Cavila	2	E. Escalante	»
as de gloria	2	E. Zamora Caballero	»
es su madre	2	Joaquina Vera	»
edestinado	2	E. Zumel	»
ɔcesion por dentro	3	E. Blasco	»
ıtes y trastos viejos	3	E. Blasco	»
ama del dia	3	E. Zumel	»
ZARZUELAS.			
ma hora	1	Joaquin Gaztambide	Música
ompeyo en Carnaval	1	Amalfi y Arche	L. y M.
stente Cepillo	1	Amalfi	Libro.
bero de Rossini	1	Amalfi y Aceves	L. y M.
tañar español	1	Amalfi	L. y M.
nde hombre de Canillejas	1	N. N.	Música
estro Fugatto	1	Lasso	Libro.
imo figurin	1	Puente y Brañas	Libro.
iento	1	Gonzalez Martinez	L. y M.
ıa Americano	1	R. María Liern	Libro.
ncipe Lila	2	R. María Liern	Libro.
tro en 1876	2	R. María Liern	Libro.
lina ciega	2	Fernandez Caballero	Música
is II	2	R. María Liern	Libro.
aje de mil demonios	3	P. y Brañas, Pastorfido y Santisteb.	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.